

CAPITULO XII.

Una visita al cielo.



TIEMPO es ya de seguir en su arriesgada expedición á Hernan Cortés y á sus soldados.

Aunque el lector pudiera desear más pormenores acerca del nacimiento y de la infancia del valiente caudillo, ocasion tendremos de conocerle sin entretener el tiempo que nos ha de faltar para asistir á la conquista con todos sus sorprendentes y grandiosos detalles.

Aunque la sed de gloria se habia apoderado por completo del corazon de Hernan Cortés, hasta el punto de debilitar sus sentimientos de esposo y de padre, no habia podido aquella pasión destruir la fe cristiana que ardia siempre en su pecho.

Esta fe la debia á su madre.

Desde muy niño le habia acostumbrado á ver en todos los actos de su vida la intervencion de la Providencia, y por una circunstancia especial le habia hecho en extremo devoto de san Pedro.

En otra ocasion hemos indicado ya que Hernan Cortés se crió muy enfermizo, muy débil.

La enfermedad le puso muchas veces á las puertas del sepulcro.

En una ocasion llegó á agravarse de tal modo, que el médico y sus padres llegaron á tener por segura su muerte.

Todas las noches le hacia su madre rezar un padre nuestro al primero de los Apóstoles, y á las preguntas que le habia diri-

gido el niño, habia contestado detalladamente su madre, haciéndole formar una idea completa de aquel insigne Apóstol.

Sobrevino la enfermedad, y el pobre niño cayó en un sopor muy semejante á la muerte.

Cuarenta y ocho horas pasó en aquel estado, y todos auguraban que no despertaria de aquel sueño.

Al cabo de las cuarenta y ocho horas hizo el niño un movimiento.

Su pulso, que apenas se sentia, comenzó á latir más fuertemente.

Una hora despues abrió los ojos.

Cuando llegó el médico le encontró limpio de calentura.

—Le habeis salvado, dijo la pobre madre al doctor, cayendo de rodillas á sus piés para manifestarle su gratitud.

El niño permaneció silencioso, y cuando se alejó el médico:

—No, madre mia, dijo, no ha sido él quien me ha salvado; todo el tiempo que he estado ausente lo he pasado en compañía de mi patrono, de mi santo tutelar, de san Pedro. El me ha abierto las puertas del cielo, y me ha permitido visitar aquella hermosa morada, donde he visto á los ángeles, en donde he podido acercarme al deslumbrante trono de la Virgen, en donde las armonías celestes han derramado un dulce bálsamo en mi alma.

Desde aquel dia se arraigó más y más en su corazon la fe católica, y consideró siempre como su protector, como su número al Apóstol predilecto de Jesucristo.

Resuelto á emprender la conquista de aquel imperio poderoso de que hablaban todos los indios con asombro y temor, recordando los móviles que habian guiado á Cristóbal Colon á la conquista del Nuevo Mundo, se propuso difundir la fe católica en aquellas regiones y encontrar en el Evangelio la fuerza poderosa que habia de sostenerle en todas sus adversidades.

Cortés no quiso embarcarse sin llevar en su compañía misioneros, y eligió dos, notables por sus virtudes, por su talento,

por su abnegacion: el licenciado Juan Diaz, y el padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso de la piadosa orden de Nuestra Señora de la Merced.

Los dos eran sus íntimos amigos.

El segundo su director espiritual.

Sabian dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, y conociendo la impetuosidad del caudillo, podian con su palabra elocuente, con su ejemplo moral, templar su fogosidad, calmar su ira y rendir homenaje á la justicia.

Hablaron á los capitanes de gloria.

Hablaron á los marineros del supremo triunfo que alcanzarían difundiendo la luz del Evangelio en aquellos países, que aún vivian bajo las tinieblas de la idolatría.

Tales eran los sentimientos que animaban á Cortés al abandonar el cielo de la Habana.

En cuanto á la actitud del gobernador don Diego de Velazquez, se propuso obedecer en todo á las circunstancias.

Diéronse, pues, á la vela los navíos, y dispuso Cortés que el que mandaba Pedro de Alvarado fuese en busca de una de las embarcaciones que se habia quedado en Guanicanico, dándose cita en la isla de Cozumel, último punto adonde, como recordará el lector, habia llegado Juan de Grijalva en su expedicion.

La tristeza que la partida de las embarcaciones habia despertado en el corazon de los habitantes de la Habana, contrastaba singularmente con la alegría que revelaban en los rostros aquellos marinos.

Con el murmullo de las ondas al estrellarse en la obra muerta de los buques, formaban coro los cánticos de júbilo de los tripulantes.

Pero no tardó en apaciguarse aquella alegría, porque los marinos experimentados notaron en el movimiento de las aguas y en las nubes que se descubrian en el horizonte, los síntomas precursores de una horrible tempestad.

En efecto; al poco tiempo de separarse de la escuadra la carabela de Pedro de Alvarado, se encresaron las ondas, impulsadas por un fuerte vendaval, y como aquel impulso era favorable al derrotero que seguian las embarcaciones, no tuvieron más remedio que separarse unas de otras lo bastante para no chocar, y que arriar las velas para confiarse al azaroso torbellino.

Empezaba á anochecer, y el temor de los navegantes aumentaba para ellos los horrores de aquella noche.

Oraban unos, jugaban horriblemente otros.

Los pilotos hacian los mayores esfuerzos para evitar el naufragio.

Los capitanes, dominando su ansiedad y su incertidumbre, animaban á los soldados.

Hernan Cortés invocaba á su santo patrono, y recordaba como un remordimiento, en medio de aquella espantosa tempestad á su esposa y á su hijo, á quienes su sed de gloria habia obligado á abandonar, descubriendo tal vez en la muerte que le amenazaba un castigo por su ingratitud.

La carabela de Francisco del Moral sufrió un golpe de mar terrible.

Perdió el timon y estuvo á punto de sumergirse.

Hizo señales para pedir auxilio, y al verlas se aumentó la ansiedad de los que iban á bordo de los demas navíos.

Querian acudir á su socorro y no podian.

Todos estaban á gran distancia entre sí, y casi todos los capitanes habian perdido de vista la carabela en donde iba su jefe.

Es imposible describir, la tortura de aquellas almas durante las largas y penosas horas que duró aquella espantosa tempestad.

No se libró de ella tampoco la embarcacion que dirigia Pedro de Alvarado.

El vendaval le impulsó á gran distancia del punto adonde debia dirigirse, y cuando se calmó la tormenta, consultando el

piloto la brújula y la carta, aconsejó á su jefe que en vez de volver atrás, tomasen rumbo hácia la isla de Cozumel por hallarse muy próxima.

Hízolo así, en efecto, y llegó dos días ántes que la escuadra al punto en donde debían encontrarle.

La tempestad se calmó, y echándose el viento, pudieron reunirse los buques de Hernan Cortés para prestar auxilio á la embarcacion de Francisco del Moral, que estaba á punto de perderse.

Un día emplearon en las maniobras; pero al fin lograron sacar á flote la carabela.

Comprendiendo Hernan Cortés que el vendaval podia haber obligado á Pedro de Alvarado á variar de rumbo, envió, mientras salvaba la embarcacion de Pedro del Moral, un buque á recoger el que se hallaba en Guanicanico, y reunidos todos avanzaron hácia Cozumel.

Al llegar se vieron sorprendidos por la presencia de Alvarado y sus tropas, los cuales, creyendo agradar á Hernan Cortés, le ofrecieron tres indios que tenian prisioneros y una porcion de objetos que habian tomado de las casas y los templos de los habitantes de la isla.

CAPITULO XIII.

Una árenga oportuna.



PEDRO de Alvarado llegó, como hemos dicho, dos días ántes, y desembarcó en la isla de Cozumel.

Penetrando en el pueblo, encontró desiertas las casas.

Sus moradores se habian fugado, llevando consigo todos los objetos de valor.

—Cuando huyen, es que nos temen, se dijo el capitan, y no conviene que estemos ociosos; ya que todos hemos podido cumplir las órdenes de Hernan Cortés, ahorraremos trabajo á sus compañeros, y exploraremos la isla para poder informarle de su estado.

Alvarado era audaz y valiente.

Entre los que le acompañaban iban algunos de los soldados que habian estado en aquella isla con Grijalva, y aprovechándose de sus conocimientos del terreno, se internó con ellos, encontrando á muy corta distancia otra poblacion.

Los habitantes habian huido tambien.

Pero no habian podido llevarse todos los objetos de su mesa.

Los españoles encontraron algunos comestibles, gran porcion de gallinas, y despues de apoderarse de todo aquello, penetraron en un adoratorio.

Lo dejaron limpio de las joyas que servian de adorno á los ídolos, de los instrumentos del sacrificio, en su mayor parte de oro, y con aquel botin se dispusieron á regresar á la orilla del mar.

Alvarado comprendió entónces que habia hecho mal, permitiendo á sus soldados llevar á cabo aquel despojo.

Presintiendo la impresion que la narracion de aquellos sucesos causaria en Hernan Cortés, se arrepintió verdaderamente de no haber tenido suficiente energía para oponerse al impulso de su soldadesca, y á fin de paliar un tanto su poder, resolvió prender algunos habitantes de la isla, para que aquellos al ménos, entendiéndose con el intérprete que llevaba el caudillo, pudiesen informarle de todo cuanto necesitara conocer del país.

Tomando un camino distinto del que les habia servido para llegar al pueblo que acababan de saquear, hallaron á una india y á dos indios jóvenes, que corrian para librarse de los soldados españoles.

Cortándoles la retirada, logró hacerlos prisioneros, y volvió con ellos á su embarcacion.

Al dia siguiente los presentó á Hernan Cortés, dándole cuenta de lo que habia pasado, y fundando sus actos en el deseo de servirle.

Hernan Cortés no ocultó su disgusto.

No era persiguiendo á los indios, saqueándolos, apoderándose de ellos, como podria llegar á conquistarlos con las escasas fuerzas que llevaba.

Necesitaba pues más de la astucia que del valor, más de la habilidad que la fuerza, y aprovechando aquella ocasion para dar á entender á sus soldados cuál era su intencion, formó á todos, y llamando á su presencia á Pedro de Alvarado, le reprendió severamente.

Acto continuo dispuso que los tres prisioneros comparecieran ante él.

Habló á Melchor, su intérprete, un joven indio de Santiago de Cuba, que habia sido su esclavo desde el primer momento y le profesaba un vehemente afecto.

Por su orden participó á los prisioneros las intenciones del jefe de los españoles.

—Podeis volver á vuestros hogares, les dijo. No se os ha querido hacer daño, ni se os hará jamas. El deseo de veros que tienen los españoles, su afan en manifestaros el afecto que os profesan, su intencion de favoreceros, han sido la única causa de que os hayan detenido.

Pero sois libres, y en prueba de que no han querido los españoles despojaros de vuestros bienes, su jefe y señor os manda que elijais de todos los objetos, que han traído aquí los que querais, y os los lleveis. Asimismo os hace estos regalos.

Al terminar la frase ofreció á los indios abalorio, cuentas y rosarios, espejos y otra porcion de chucherías de las que tan poderosamente habian ayudado á los españoles á conquistar á los indios.

Los primeros partieron sumamente satisfechos, y divulgaron entre sus compatriotas lo que les habia sucedido.

Hernan Cortés dispuso que se alojase su gente en las casas deshabitadas de la poblacion, que se hallaban en la orilla del mar; pasó revista á sus tropas, y contó quinientos ocho soldados, diez y seis jinetes y ciento nueve hombres entre maestros, pilotos y marineros.

Cada dia que pasaba se despertaban nuevas ideas en el brillante caudillo.

Conoció desde luego que el estado de sus tropas exigia una palabra elocuente que las identificase con él.

Apénas terminada la revista, rodeado de sus capitanes, agrupados los soldados en torno del cuadro que formaron aquellos, oyeron de sus labios una arenga, que la historia conserva en sus páginas, y que para no faltar en nada á la historia creemos oportuno trascribir.

«Cuando considero, amigos y compañeros míos, cómo nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad; cuántos esfuerzos y per-

secuciones dejamos atrás, y cómo se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra, y entiendo que en su altísima Providencia es lo mismo favorecer los principios que prometer los sucesos.

«Su causa nos lleva y la de nuestro rey (que también es suya), á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros.

«No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increíbles, batallas desiguales en que habreis menester socorridos de todo vuestro valor, miserias de la necesidad, inclemencias del cielo en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazón como el primero; que en la guerra más veces sirve la paciencia que las manos, y quizás por esta razón tuvo Hércules el nombre de *Invencible*, y se llamaron *trabajos* sus hazañas.

«Hechos estais á padecer, y hechos á pelear en estas islas que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos.

«La antigüedad pintó, en lo más alto de los montes, el Templo de la Fama, y su simulacro es lo más alto del Templo, dando á entender que para hallarla, aun después de vencida la cumbre, era necesario el trabajo de los ojos.

«Pocos somos; pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere; una la mano en la ejecucion; comun la utilidad y comun la gloria en lo que se conquistase. Del valor de cualquiera de nosotros, se ha de fabricar y componer la seguridad de todos.

«Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados; más tendreis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes, y puedo aseguraros de mí que me

basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazón con no sé qué movimiento extraordinario.

«Alto pues; á convertir en obras las palabras, y no os parezca temeridad esta confianza mía, pues se funda en que os tengo á mi lado, y deo de fiar de mí lo que espero de vosotros.»

Animados todos de un vehemente entusiasmo, juraron seguir á tan bizarro jefe, obedecerle ciegamente, y sacrificar su vida gustosos por el triunfo de la causa que iban á defender.

Los indios no tardaron en presentarse á los españoles en actitud amenazadora.